

Soñar en primavera

«Yo soñara, madre, un sueño que me dio en el corazón.»

GIL VICENTE

Voy soñando cada noche
campanas de amor y fuego.

Voy soñando en mis jardines
de esperanzas... de deseos...
y despierto cada día
prisionera de mi sueño.

Voy soñando con manadas
de ángeles por el sendero.

Yo sueño en la Primavera,
en el azul, cara al cielo,
de pájaros y alegría,
estrellas, flores y besos.

Sueño en canción y amistad,
cisne, claridad y verso.
Sueño un sueño ensoñador,
mano franca, pecho abierto,
y despierto cada día
cautiva de amor y anhelo.

Inocencia RODRIGUEZ RUBIO

A la memoria de Pepe Murillo

REQUIEM

por un caballero español

Por el Dr. Juan PABLOS ABRIL



ARDE fría de invierno, más fría nuestra alma y nuestro corazón. Los cipreses, con el leve aire estaban firmes y silenciosos, mientras el cuerpo de un gran extremeño, volvía a la tierra madre, envuelto en el cariño de deudos y amigos ¡Silencio impresionante!

El invierno de la vida así es, como en el cementerio cacereño, fría a lo Voltaire, pero llena de luz y esperanza en la fe y la resurrección, como S. Pablo aconsejaba. Porque ese pueblo que va a empezar a transformarse, su alma se ha escapado, como dijo el Párroco en el Prefacio, buscando una habitación inmortal ¡La vida no fenece, se muda a la inmortalidad!

Pero es triste, decir adiós al cuerpo, que encerró ese alma grande y privilegiada. Lo que nos quedaba de él materialmente, porque su recuerdo, como decía la hermosa y evangélica homilía de D. Manuel Vidal, ese queda como una fervorosa lección y ejemplo, para sus hijos, para la familia «Murillo» que con Pepe perdió los tres grandes patriarcas, ese anillo cacereño que formaban con él, Julián y Tomás, cada uno a su manera, cada uno en sus actividades, cada uno en su profesión, en su apostolado, en su alto pedestal; pero cerrando el anillo los tres grandes caballeros extremeños, fundados en un abrazo,

como no dudo estarán hoy en el cielo ¡Bonito símil! Gran recibimiento en la gloria y en la eternidad de eternidades.

Por eso qué bien hacen estas homilias, donde se dá el Evangelio y la justicia y no sucedáneos o lo que es peor sembrando la discordia y el odio.

Pepe Murillo desde la Juventud de A. C. supo aprender a batallar. Eran años difíciles aquéllos. Defender a Cristo y la Iglesia, costaba disgustos, a veces sangre y martirio, como costó en la Cruzada a obispos, sacerdotes, religiosos y hombres de A. C. ¡Martirio y muerte!

En ese fuego apostólico—primer Presidente de la Juventud de Coria—Cáceres— forjó su espíritu el gran llorado Pepe Murillo. Seguro recibió muchas veces en su pecho las palabras del himno... «Ser apóstol o mártir acaso... mis banderas me enseñan a ser». Esa Juventud de misa, oración y Eucaristía, frente a esta tempestad que nos avasalla, de frivolidad, whisky y drogas. ¡Dios mío cómo echo de menos nuestra gran A. C.!

Después el Abogado del Estado, brillante y puntero, ejerciendo la alta función, desde Canarias a Cáceres, pasando por Badajoz. Pero el Abogado se le conoce en el «foro», como al cirujano en el «quirófano» o el médico a la cabecera de un enfermo y aquí despliega Murillo su oratoria forense, con toda la hábil trama de la justicia, en el más puro sentido jurídico, pero encarnado en el orador.

¡Tiempos decadentes éstos, en los que la oratoria se desprecia, porque no se sabe ser orador! Es más cómodo sacar un folio o una cuartillas del bolsillo... y leer o hasta mal leer.

Sus excepcionales conocimientos y su privilegiada cabeza—que ya alguna vez tuvo que parar y descansar—le llevaron a otros campos de la oratoria, política y religiosa. Aún recuerdo sus brillantes discursos de Presidente de la Diputación Provincial, y aquella magnífica conferencia en la Cátedra Pío XII sobre el Concordato, y en los Actos de propaganda de A. C. Sabía hablar y llegar al corazón humano, estableciendo el diálogo, que eso es el ser orador. Caliente, fervoroso como era su corazón, ese que a fuerza de tanto amar, le iba a quitar la vida, enviando «embolias». Siempre se rompe la pieza mecánica de mayor uso y a Pepe Murillo, se le encrespó el corazón, para decir ¡Basta, des cansa ya! Que tus sesenta y cinco años ha hecho ya tu epitafio: «Nací por amor, viví por amor a todo y muero de amor».

Amor a la patria—fue gran tradicionalista bajo la trilogía del Dios primero. España después y por último el Rey.

Amor a esa Alcántara de sus amores; a este Cáceres querido—siempre tan cacereño y leal—; a esta provincia como Presidente de su Dipu-

tación con dos faros refulgentes: Guadalupe y el Palancar y una grave preocupación: la cultura. ¡Ahí entregó, a la salida de la ciudad «El Cuartillo» para solares de la Universidad laboral! Amor a la patria grande y lo acredita su etapa de Subdirector General de lo Contencioso. Y más no porque perdió su primera pierna y al fin la otra, las dos grandes mutilaciones de su vida, como un Cristo hecho pedazos, pero Dios le conservo la cabeza, sin trombosis, que era su gran preocupación, que a nosotros nos decía, cuando fue a escuchar en Madrid, la conferencia que dimos sobre «Guadalupe Santuario de la Hispanidad» ya con sus muletas.

Amor a su profesión que le subió al prestigioso puesto de Decano del Colegio de Abogados cacereños, en aquellas elecciones, en que cuerpo a cuerpo se batían prestigios.

Amor a su esposa y sus hijos. Esto no es un motivo de crítica mal sana, sino de ejemplo, cada hijo lo encontró en el beso y en el curso de la vida ¡Así hay que encontrar siempre al padre!

Por eso esos hijos, en nuestro Camposanto, no lloraban, temblaban escalofriados. Los tenía muy cerca de mí, las lágrimas eran poco. Sabían que estaban enterrando al autor de su vida natural y creciente ¡Sabían lo que perdían!

Qué huecos vamos viendo en esta Cáceres de la plenitud que conocimos. Y qué pocos se vuelven a llenar con hombres de altura y de temple, caballeros españoles y cristianos, hidalgos a fuero conquistado por su vida ¡Cómo cualquier tiempo pasado nos va nostálgicamente pareciendo mejor!

El mundo actual arrasa todo, vidas, prestigios, familias, juventudes ¡Difícil es saber a donde caminamos! Por eso al dar tierra al cuerpo de un caballero español y cristiano, por todo lo alto, cayó de mis ojos una lágrima redonda ¡Se van nuestros grandes hombres! La antorcha del relevo generacional va pasando cada día de mano en mano... ¿No se apagará algún día su luz? ¡De un soplo! ¡De una fuerte ventolera! ¡De una traición!

Por eso al lado del ciprés que estaba, en el cementerio, se me helaba el alma, no la carne, estamos enterrando todo un símbolo del Cáceres de la Cruzada y de la paz ¡Un hombre grande! ¡El tercero y último Murillo generacional!

Ojalá que tus huesos hechos carne de Cáceres y tu alma arriba, acordándose de nosotros, siga con tu gran ejemplo y virtudes, trazándonos la difícil intuición, de esa senda que se hace al caminar. «Porque sin caminante no hay camino ... Se hace al andar». Nos hace falta

un símbolo, una luz o una estrella, para presentir esa andada, derecha y firme, el caminar, mientras Dios nos conceda vida.

En aquel febrero loco, de 1972, en veinticuatro horas en Cáceres, se rompió una flor —Rosabel— y se cayó un gran fruto maduro —Pepe Murillo— ambos en un vendaval de dolor y tristeza. Nuestro corazón y el de tantísimos cacereños se han herido de dolor, pero iluminando de fe y esperanza en Dios ¡Que todo hace!



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, ha aparecido la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA» -:- Cáceres

POEMAS A LOS ANIMALES

Por Matilde CAMUS

GATO

Indolencia en el ovillo
que deja entrever su quilla
y se arquea y desovilla
de su anillo.

Sinuoso, lánguido y frío.
Azabache de racista
sobre esmeralda cubista,
de rocío.

Pereza y lento compás
en las garras fementidas.
Emociones distendidas,
de Caifás.

CABRA

En el monte más agreste,
sobre las breñas, sin ruido,
a veces queda prendido
tu intento. Pule el nordeste

tus pasos, siempre seguros,
por la collada o el puerto.
Tus ojos sueñan despiertos,
viviendo paisajes puros.